



La conversación resulta rara de tan sutil. Tardo un rato en darme cuenta de que se trata de un chantaje.

Estamos sentados en sendas sillas plegables de metal, entre bastidores, cuando Martin Addison me dice:

—He leído tu correo electrónico.

—¿Qué? —Levanto la vista para mirarlo.

—Antes. En la biblioteca. Sin querer, claro.

—¿Has entrado en mi cuenta de correo?

—Bueno, he usado el ordenador después de ti —me explica— y cuando he entrado en Gmail ha aparecido tu cuenta. Se te habrá olvidado cerrarla.

Lo miro de hito en hito. Él golpetea la pata de su silla con el pie.

—¿Y qué? ¿Por qué utilizas un nombre falso? —pregunta.

Bueno. Le respondería que si usas un nombre falso será para evitar que personas como Martin Addison descubran tu identidad secreta. Así pues, supongo que ha funcionado de maravilla.

Supongo que me habrá visto sentado al ordenador.

Y supongo que soy un idiota de marca mayor.

Sonríe. En serio.

—En fin, he pensado que a lo mejor te interesaba saber que mi hermano es gay.

—Ya. Pues no me interesa, la verdad.

Me mira.

—¿Qué estás insinuando? —le pregunto.

—Nada. Mira, Spier, a mí me parece muy bien. No es para tanto.

Si no fuera porque, en realidad, lo considero una pequeña tragedia. O puede que una putada como la copa de un pino, en función de si Martin es capaz o no de mantener el pico cerrado.

—Esto me resulta incomodísimo —prosigue Martin.

¿Qué quiere que le diga?

—A lo que íbamos —dice—, salta a la vista que no quieres que la gente se entere.

Ya. Supongo que no. Si no fuera porque todo ese rollo de salir del armario en realidad no me asusta.

No creo que me asuste.

Da un corte que te mueres, si lo piensas, y no voy a fingir que lo estoy deseando. Pero no creo que fuera el fin del mundo. En mi caso, no.

Por desgracia, no sé cómo se lo tomaría Blue. Si Martin lo fuera contando por ahí. Lo malo de Blue es que se trata de una persona un tanto reservada. La clase de persona que nunca olvidaría cerrar su cuenta de correo electrónico. La clase de persona que jamás me perdonaría un descuido como ese.

Sí, supongo que estoy intentando decir que no sé lo que implicaría para nosotros. Para Blue y para mí.

En serio, no me puedo creer que esté manteniendo esta conversación con Martin Addison. Precisamente él, de todas las personas que podrían haber entrado en Gmail después que yo. Quiero que entendáis que, para empezar, yo jamás habría usado los ordenadores de la biblioteca si no fuera porque aquí bloquean el wifi. Y hay días en los que no pue-

des esperar a conectarte en casa con el portátil. Como hoy. O sea, ni siquiera he podido esperar a echar un vistazo al móvil en el aparcamiento.

Porque esta mañana le he escrito a Blue desde mi cuenta secreta. Y era un email importante y tal.

Solo pretendía averiguar si me había contestado.

—Si te digo la verdad, estoy seguro de que todo el mundo se lo tomará bien —continúa Martin—. Deberías mostrarte tal como eres.

¿Pero este tío de qué va? Un hetero que apenas me conoce se atreve a darme consejos sobre la conveniencia de salir del armario. Pongo los ojos en blanco. No puedo evitarlo.

—Bueno, vale, da igual. No se los voy a enseñar a nadie —me dice.

Soy tan bobo que me siento aliviado por un instante. Hasta que me percató de lo que acaba de decir.

—¿Enseñar? —pregunto.

Se sonroja y juguetea con el puño de la camisa. Hay algo en su expresión que me revuelve las tripas.

—¿No habrás...? ¿No habrás hecho una captura de la pantalla o algo así?

—Bueno... —responde—. De eso te quería hablar.

—¿Perdona? ¿Has sacado un puto pantallazo?

Frunce los labios y mira al infinito.

—Verás —se explica—, sé que eres amigo de Abby Suso y quería pedirte...

—¿Pedirme? ¿Va en serio? ¿Por qué no me explicas antes a santo de qué has hecho una captura de mis correos?

Aguarda un momento antes de responder.

—Mira, yo solo estaba pensando si querías ayudarme a hablar con Abby.

Se me escapa la risa.

—¿Qué me estás pidiendo? ¿Qué interceda por ti?

—Bueno, sí —reconoce.

—¿Y por qué leches iba a hacer algo así?

Me mira y, de sopetón, ato cabos. Todo esto es por Abby. Eso es lo que quiere de mí. A cambio de no difundir mis putos correos privados.

Y los de Blue.

La Virgen. Y yo que consideraba a Martin un tipo inofensivo. El típico pringado bobalicón, a decir verdad, pero no en el mal sentido. Y siempre me había parecido gracioso y tal.

Pero ahora no me estoy riendo.

—Hablas en serio. Me vas a obligar a hacerlo —me horrorizo.

—¿Obligarte? Venga. No te lo tomes así.

—Ya. ¿Y cómo quieres que me lo tome?

—De ninguna manera. O sea, a mí me gusta esa chica. Y se me ha ocurrido que tú me podrías echar un cable. Avisarme cuando estés con ella. No sé.

—Y si no lo hago, ¿qué? ¿Publicarás los emails en Facebook? ¿O en el putito Tumblr?

Por Dios. Los «Secretos de Creek» de Tumblr: la zona cero de los cotilleos del instituto Creekwood. Antes de que acabe el día lo sabrá todo el colegio.

Ambos guardamos silencio.

—Yo solo he pensado que estábamos en condiciones de ayudarnos mutuamente. Nada más —me suelta Martin por fin.

Trago saliva con dificultad.

—Llamando a Marty —grita la señorita Albright desde el escenario—. Segundo acto, escena tres.

—Tú piénsatelo. —Pliega su silla.

—Ya, qué bien. Ya te digo, esto es flipante —le espeto.

Me mira. Y otra vez se hace un silencio.

—No sé qué leches quieres que te diga —añado finalmente.

—Bueno, tú verás.

Se encoge de hombros. Y no creo que nunca en la vida haya tenido tantas ganas de perder de vista a alguien. Pero se vuelve a mirarme mientras roza la cortina con los dedos.

—Solo por curiosidad —dice—. ¿Quién es Blue?

—Nadie. Vive en California.

Si Martin piensa que voy a delatar a Blue, está como una puta cabra.

Blue no vive en California. Vive en Shady Creek y asiste a al mismo instituto que nosotros. No se llama Blue.

Pues claro que es alguien. Y puede que sea alguien que conozco. Pero no sé quién. Y no estoy seguro de querer saberlo.

No estoy de humor para aguantar a mi familia, la verdad. Tengo casi una hora muerta antes de la cena, y eso significa una hora intentando transformar mi jornada escolar en una anécdota graciosa tras otra. Así son mis padres. No se conforman con que les cuentes que la profe de francés iba luciendo culote ni que a Garrett se le ha caído la bandeja en la cafetería. Tienes que montar un numerito. Hablar con ellos es más agotador que llevar un blog.

Por otro lado, es curioso. Antes me encantaba el jaleo que se organizaba en el salón antes de la cena. Ahora estoy deseando salir por piernas. Particularmente hoy. En cuanto llego a casa, le ato la correa a *Bieber* y me largo pitando.

Intento tranquilizarme escuchando a Tegan and Sara en el iPod. Pero no puedo dejar de pensar en Blue, en Martin Addison y en lo horrible que ha sido el ensayo de hoy.

Así que a Martin le mola Abby, igual que a todos los empollones heteros del programa de excelencia. Y, en realidad, lo único que me ha pedido es que le deje pegarse a nosotros cuando salga con ella. Si lo pienso así, no me parece un drama.

Si no fuera porque me está chantajeando. Y, de rebote, está chantajeando a Blue. Es ese pequeño detalle lo que me pone frenético.

Sin embargo, Tegan and Sara me relajan. Ir a casa de Nick también. Ya se va notando el frío otoñal y la gente empieza a decorar las entradas con calabazas. Eso me encanta. Siempre me ha encantado, desde que era niño.

Bieber y yo atajamos por el jardín trasero de Nick y bajamos al sótano. Hay un inmenso televisor de cara a la puerta, en cuya pantalla los templarios sufren una paliza brutal. Nick y Leah están apoltronados en sendas butacas multimedia. Seguro que llevan allí tirados toda la tarde.

Cuando me ve entrar, Nick pone la pausa. Es lo bueno de Nick. Nunca suelta la guitarra por ti, pero deja la videoconsola en pausa.

—*Bieber!*—exclama Leah.

El perro no tarda ni dos segundos en plantarle el culo en el regazo con la lengua fuera y moviendo una pata. El muy fresco no conoce la vergüenza en presencia de Leah.

—No, tranquilos. Saludad al perro. Pasad de mí.

—Pobrecito, ¿tú también quieres que te rasque las orejas? Sonrío con ganas. Qué bien: se respira normalidad.

—¿Ya habéis encontrado al traidor?—pregunto.

—Lo hemos matado. —Nick propina unos toquecitos al mando.

—Guay.

No creo que a nadie le importe menos que a mí la suerte de asesinos, templarios o cualquier otro personaje de video-

juego, en serio. Pero me parece que, ahora mismo, necesito algo así. Necesito la violencia de los videojuegos, el tufo del sótano y la tranquilidad que me inspiran Leah y Nick. La cadencia de nuestras charlas y silencios. La desidia de las tardes de octubre.

—Simon, Nick no sabe lo de *le culotte*.

—Ahhhh. *Le culotte. C'est une histoire touchante.*

—En inglés, por favor —dice Nick.

—O mejor lo representas —sugiere Leah.

Resulta que se me da de miedo imitar a la gente que va enseñando por ahí la ropa interior.

Vale, sí que me gusta montar numeritos. Un poco.

Creo que estoy experimentando el efecto «excursión en autocar» que me producen Nick y Leah. No sé cómo explicarlo pero, cuando estamos los tres solos, se crea un ambiente estúpido y perfecto. Martin Addison deja de existir en momentos como este. Los secretos dejan de existir.

Estúpido. Perfecto.

Leah rompe el envoltorio de una pajita, y ambos sostienen gigantescos vasos desechables de té dulce del restaurante Chick-fil-A. Hace tiempo que no voy a Chick-fil-A, la verdad. Mi hermana oyó decir que donan dinero para hacerles la vida imposible a los gays y supongo que se me quitaron las ganas de comer allí. Aunque sus batidos de leche con Oreo sean tazones gigantes de pura gula espumosa. Por desgracia, no puedo comentar el tema con Nick y con Leah. No suelo hablar con nadie del rollo gay. Solo con Blue.

Nick toma un sorbo de té y bosteza. Al instante, Leah intenta colarle una bolita de papel en la boca. Pero Nick la cierra a toda prisa, así que falla.

Leah se encoge de hombros.

—Tú sigue bostezando, dormilón.

—¿Por qué estás tan cansado?

—Porque salgo de fiesta. Hasta el amanecer. Cada noche —replica Nick.

—Si por «fiesta» te refieres a los deberes de cálculo...

—LO QUE TÚ DIGAS, LEAH.

Se recuesta en el sillón y bosteza otra vez. En esta ocasión, la bolita de papel de Leah le roza la comisura de los labios.

Él se la devuelve.

—Bueno, es que no paro de soñar cosas raras —añade Nick.

Enarco las cejas.

—Puaj. No me cuentes los detalles.

—Hum. No me refiero a esa clase de sueños.

Leah se pone como un tomate.

—No —prosigue Nick—, solo son sueños como raros. He soñado que estaba en el cuarto de baño poniéndome las lentillas y no sabía cuál iba en cada ojo.

—Vale. ¿Y entonces qué?

Leah tiene la cara enterrada en el pescuezo de *Bieber* y su voz suena amortiguada.

—Nada. Me he despertado, me he puesto las lentillas sin problemas y todo arreglado.

—Es el sueño más soso del mundo —dice ella. Luego, un instante después—: ¿Será por eso por lo que indican «derecha» e «izquierda» en los estuches de las lentillas?

—O por lo que la gente lleva gafas y pasa de toquetearse los ojos.

Me siento en la alfombra con las piernas cruzadas. *Bieber* abandona el regazo de Leah para acercarse a mí.

—Ya, o porque si llevas gafas te pareces más a Harry Potter, ¿eh, Simon?

Una vez. Lo dije una vez.

—Bueno, yo creo que mi inconsciente intenta decirme algo. —Nick suele ser monotemático cuando se pone en plan intelectual—. Obviamente, el tema del sueño es la vista. ¿Se me está escapando algo? ¿Cuáles son mis puntos ciegos?

—Tu colección de música —sugiero.

Nick reclina la butaca y toma otro sorbo de té.

—¿Sabíais que Freud interpretaba sus propios sueños cuando estaba formulando su teoría? ¿Y que creía que todos los sueños son un mecanismo inconsciente para satisfacer los propios deseos?

Leah y yo nos miramos, y me percató de que estamos pensando lo mismo. Da igual que esté soltando un montón de chorradas, porque Nick es irresistible cuando se pone filosófico.

Yo, como es lógico, tengo por norma no colarme por chicos heteros. Al menos no por heteros corroborados. Sea como sea, tengo por norma no colarme por Nick. Pero Leah está loca por él. Y eso ha provocado todo tipo de problemas, sobre todo ahora que Abby ha entrado en escena.

Al principio yo no entendía por qué Leah odiaba a Abby, y las preguntas directas no me llevaban a ninguna parte.

«Ya, es lo más. O sea, es animadora. Y es mona y está como un fideo. Vamos, que es una tía alucinante, ¿o no?»

Quiero que entendáis que nadie domina el arte de hablar con cara de póker tan bien como Leah.

En fin, al final me di cuenta de que Nick intercambiaba a menudo el asiento con Bram Greenfeld en el comedor; hablo de intercambios estratégicos, pensados para maximizar sus posibilidades de sentarse cerca de Abby. Por no mencionar la cuestión de los ojos. Las famosas miraditas tiernas de Nick Eisner. Ya vivimos esa vomitiva experiencia anteriormente con Amy Everett a finales de tercero de secundaria. Sin embargo, debo reconocer que la intensidad de las emo-

ciones de Nick cuando le gusta alguien tiene un punto fascinante.

Cuando Leah atisba esa expresión en el rostro de nuestro amigo, se encierra en sí misma y no quiere saber nada de nadie.

Y eso significa que tengo buenas razones para convertirme en la zorra alcahueta de Martin Addison. Si Martin y Abby se enrollan, puede que el problema de Nick se esfume sin más. Entonces Leah podrá relajarse de una vez y todo volverá a la normalidad.

Así pues, esto no solo me afecta a mí y a mis secretos. Apenas si tiene que ver conmigo.



2

De: hourtohour.notetonote@gmail.com
Para: bluegreen181@gmail.com
Enviado el: 17 de octubre a las 12:06
Asunto: Re: cuándo lo supiste

Qué historia más erótica, Blue. O sea, la secundaria es una peli de horror de alcance infinito. Bueno, infinito no, porque ya pasó, pero esos años te marcan a fuego. En todos los casos. La adolescencia es inmisericorde.

Una pregunta, por curiosidad: ¿has vuelto a verlo después de la boda de tu padre?

Yo ni siquiera sé en qué momento lo supe. Fue una suma de pequeñas cosas. Como ese sueño tan raro que tuve una vez con Daniel Radcliffe. O mi obsesión con Passion Pit durante la secundaria, y cómo me di cuenta de que la música, en el fondo, era lo de menos.

Y luego, en segundo, me eché una novia. Ya sabes cómo son esas relaciones. «Sales» con alguien, pero no vas a ninguna parte fuera del instituto. Y en realidad tampoco haces nada dentro. Puede que hiciéramos manitas. El caso es que fuimos al baile de segundo juntos, en plan de pareja, pero mis amigos y yo nos pasamos toda la noche comiendo Fritos y espiando a la gente desde las profundidades del graderío.

Y en cierto momento llegó una chica y me dijo que mi novia me estaba esperando delante del gimnasio. En teoría tenía que salir a buscarla para montármelo con ella, supongo. Con la boca cerrada, como se hace a esa edad.

En fin, he aquí mi momento estelar: salí corriendo y me escondí en el baño como un puñetero preescolar asustado. En plan, me encerré en un cubículo y me acuclillé sobre el retrete para que no se me vieran las piernas desde fuera. Como si las chicas fueran a entrar para sacarme por la fuerza. Te lo juro por Dios, me quedé allí dentro toda la tarde. Y después de eso no volví a dirigirle la palabra a mi novia.

Para colmo, era el día de los enamorados. Sí, soy una persona con clase. Total, que si soy del todo sincero conmigo mismo, a esas alturas ya lo sabía. Solo que tuve dos novias más después de esa.

¿Sabías que este es, oficialmente, el email más largo que he escrito nunca? No bromeo. Es posible que seas la única persona que ha recibido más de 140 caracteres seguidos de mi puño y letra. Es alucinante, ¿verdad?

Bueno, lo voy a dejar aquí. No te voy a mentir. Ha sido un día muy raro.

Jacques

De: bluegreen181@gmail.com

Para: hourtohour.notetonote@gmail.com

Enviado el: 17 de octubre a las 20:46

Asunto: Re: cuándo lo supiste

¿Soy el único? Es alucinante, ya lo creo que sí. Lo considero un gran honor, Jacques. Y también es curioso, porque yo tampoco suelo enviar emails. Y nunca hablo de estas cosas con nadie. Solo contigo.

Si te sirve de consuelo, me parecería de lo más deprimente que tu verdadero momento estelar hubiera tenido lugar durante la secundaria. Ni te imaginas lo mal que lo pasé en esa época. ¿Te acuerdas de cómo la gente se te quedaba mirando y te soltaba: «Hum, vaaaale» cuando terminabas de contar algo? Todo el mundo tenía que dejarte bien claro que daba igual lo que pensaras o sintieras porque estabas más solo que la una. Y lo peor, lo reconozco, es que yo les hacía lo mismo a los demás. Me entra un poco de náusea solo de recordarlo.

Así que, en resumidas cuentas, lo que intento decir es que deberías darte algo de cancha. Todos éramos horribles en aquella época.

Respondiendo a tu pregunta, me he cruzado alguna que otra vez con él después de la boda; un par de veces al año, más o menos. A mi madrastra le gusta organizar reuniones familiares y ese tipo de cosas. Está casado y creo que ahora mismo su mujer está embarazada. No me siento incómodo exactamente en su presencia, porque todo fue una fantasía. Es sorprendente, ¿verdad? Que alguien pueda desencadenar tu gran crisis de identidad sexual sin tener la menor idea de que la ha provocado. La verdad, creo que aún me considera el hijastro raro de su prima, el mismo chavalín de doce años de entonces.

En fin, supongo que la pregunta es obvia, pero la formularé de todos modos: si ya sabías que eras gay, ¿a santo de qué tuviste más novias?

Siento que hayas tenido un día raro.

Blue

De: hourtohour.notetonote@gmail.com

Para: bluegreen181@gmail.com

Enviado el: 18 de octubre a las 23:15

Asunto: Re: cuándo lo supiste

Blue,

Sí, ese horrible «vaaaale». Siempre acompañado de unas cejas arqueadas y una asquerosa mueca de condescendencia. Y sí, yo también lo dije. Todos éramos chungos a esa edad.

El asunto de las novias es más difícil de explicar, supongo. Sucedió sin más. La relación de segundo fue un desastre total, ya lo sabes, así que poco puedo decir al respecto. En cuanto a las otras dos: resumiendo, éramos amigos, descubrí que yo les gustaba y empezamos a salir. Y luego rompimos, y las dos pasaron de mí, pero me dio igual o poco menos. Sigo siendo amigo de la chica con la que salí en tercero.

Ahora bien, ¿quieres que te diga la verdad? Creo que tenía novias porque no me acababa de creer al cien por cien que fuera gay. O quizá pensaba que se me pasaría.

Me imagino que estarás pensando: «Vaaaaale».

Jacques

De: bluegreen181@gmail.com

Para: hourtohour.notetonote@gmail.com

Enviado el: 19 de octubre a las 08:01

Asunto: El inevitable...

Vaaaaaaaaaaaaaaaaale.

(Cejas, mueca asquerosa, etc.)

Blue

Lo que más me revienta de este rollo de Martin es no poder comentarlo con Blue. No estoy acostumbrado a ocultarle nada.

Quiero decir, hay montones de cosas que no nos contamos. Hablamos de los temas importantes, pero evitamos los datos relativos a nuestra identidad: los nombres de nuestros amigos y cualquier detalle demasiado específico relacionado con el instituto. Todo aquello que antes pensaba que me definía. Pero no considero que sean secretos. Se trata más bien de un acuerdo tácito.

Si Blue de verdad fuera un alumno de bachillerato, con taquilla, notas y perfil de Facebook, estoy seguro de que no le contaría nada. O sea, claro que estudia en Creekwood. Ya lo sé. Pero, en cierto sentido, vive en mi portátil. Es difícil de explicar.

Fui yo el que dio con él. En Tumblr, nada menos. Corría el mes de agosto y el curso acababa de empezar. En teoría, entras en «Secretos de Creek» para subir confesiones anónimas e ideas que te pasan por la cabeza, y la gente los comenta sin enjuiciarte. Solo que pronto se convirtió en un vertedero de cotilleos, poesía mala y citas de la Biblia plagadas de errores gramaticales. A pesar de todo, engancha.

Allí encontré el artículo de Blue. Y me llegó al corazón y eso. Ni siquiera lo atribuyo al rollo gay. No lo sé. El comentario no pasaba de las cinco líneas pero estaba bien escrito y destilaba una poesía extraña. Se alejaba totalmente de cualquier cosa que yo hubiera leído antes.

Supongo que me cautivó el hecho de que hablara de la soledad. Y es raro porque no me considero una persona solitaria. Pero su forma de describir el sentimiento resonó en mí. Como si me hubiera leído el pensamiento.

La idea de que puedes conocer de memoria las expresiones de alguien pero nunca sabes lo que está pensando. Y la sensación de que las personas son como casas con enormes salas y ventanas minúsculas.

La idea de que uno se siente expuesto a pesar de todo.

Eso de que Blue se siente furtivo y al mismo tiempo expuesto en relación a su identidad sexual.

Experimenté una sensación extraña de terror y vergüenza cuando leí esa parte, pero también como un latido de emoción.

Hablaba del océano que nos separa. Decía que el sentido de todo es encontrar una orilla a la que merezca la pena nadar.

O sea, tenía que conocerlo y ya está.

Al final reuní el valor necesario para publicar el único comentario que se me ocurrió: TAL CUAL. En mayúsculas. Y a continuación escribí mi dirección de email. Mi cuenta secreta de Gmail.

Pasé toda la semana siguiente preguntándome obsesivamente si se pondría en contacto conmigo. Y entonces lo hizo. Más tarde me confesó que mi comentario lo puso nervioso. Es sumamente cuidadoso. Más cuidadoso que yo, desde luego. En resumidas cuentas, si descubriera que Martin Addison ha guardado pantallazos de nuestros emails, estoy

seguro de que se pondría frenético. Pero se pondría frenético al estilo de Blue.

Vaya, que dejaría de escribirme.

Recuerdo muy bien cómo me sentí cuando apareció su primer mensaje en mi bandeja de entrada. Fue una sensación un tanto surreal. Quería saber más de mí. Durante los días siguientes, en el instituto, me sentía como el protagonista de una película. Casi podía imaginar un primer plano de mi cara proyectado en una pantalla gigante.

Es raro porque, en la realidad, no soy un chaval que destaque. Más bien soy el clásico amigo del alma.

Supongo que, en el fondo, jamás me he considerado una persona interesante hasta que Blue demostró interés en mí. Así que no le puedo contar lo que ha pasado. No quiero perderlo.

Hace varios días que evito a Martin. Lleva toda la semana intentando captar mi atención, en clase y en los ensayos. Ya sé que es algo así como una reacción de cobardes. Esta situación me hace sentir un gallina. Y hay que ser tonto, porque ya he decidido que lo voy a ayudar. O que voy a ceder a su chantaje. Llamadlo como queráis. La verdad, estoy un tanto asqueado.

A la hora de la cena, estoy distraído a más no poder. Mis padres se muestran más animados de lo habitual si cabe, porque hoy celebramos la noche de *Solteras*. Lo digo en serio. Dedicamos un día a un *reality show*. Anoche miramos juntos el programa, pero hoy llamaremos a Wesleyan por Skipe para comentarlo con Alice. Se trata de la nueva tradición familiar de los Spier. A absurdos no hay quien nos gane, nadie lo sabe mejor que yo.

Yo qué sé. Mi familia siempre ha sido así.

—¿Y cómo están Leo y Nicole? —pregunta mi padre. Se le escapa la risa por los bordes del tenedor. Cambiarles el género a Leah y a Nick es el sumun del humor para mi padre.

—De maravilla —digo.

—LOL, papá —interviene Nora en tono aburrido. Últimamente le ha dado por usar abreviaturas de texto al hablar, aunque nunca las utiliza en los mensajes. Lo hace en plan irónico, creo. Me mira.

—Sí, ¿has visto a Nick tocando la guitarra en el atrio del teatro?

—Me parece que Nick está buscando novia —interviene mi madre.

Tiene gracia, mamá, porque... a ver si lo pillas. En realidad estoy tratando de evitar que Nick se ligue a la chica que le gusta para que Martin Addison no le cuente a todo el instituto que soy gay. ¿Te había mencionado ya que soy gay?

Quiero decir, ¿cómo aborda la gente estos temas?

Puede que todo fuera distinto si viviéramos en Nueva York, pero no sé cómo ser gay en Georgia. Residimos en las afueras de Atlanta, así que podría ser peor, ya lo sé. Pero Shady Creek tampoco se puede considerar un paraíso de la progresía. En el colegio hay un par de chicos que han salido del armario, y la gente les hace la vida imposible, os lo aseguro. Nada de violencia física, pero la palabra «maricón» está a la orden del día. Debe de haber también unas cuantas chicas lesbianas y bisexuales, pero para ellas es distinto, creo yo. Más fácil, quizá. Si algo me ha enseñado Tumblr es que a los chicos les pone saber que una chica es lesbiana.

Ahora bien, supongo que también sucede a la inversa. Hay chicas como Leah, aficionadas a dibujar esbozos de estilo yaoi para subirlos a la Red.

A mí me parece fenomenal. Los dibujos de Leah son alucinantes.

Y Leah también anda metida en el *fanfiction* tipo *slash*, algo que despierta mi curiosidad hasta tal extremo que el verano pasado me puse a buscar páginas de ese rollo en Internet. Para echar un vistazo. No me lo podía creer; había para dar y vender. Harry Potter y Draco Malfoy montándose de mil maneras distintas en todos y cada uno de los trasteros de Hogwarts. Encontré unos cuantos que no estaban mal escritos y me quedé leyendo toda la noche. Fueron dos semanas raras. Aquel verano aprendí a hacer la colada. Hay calcetines que tu madre no debería lavar.

Después de cenar, Nora se conecta a Skype en el ordenador del salón. Cuando aparece en pantalla, Alice parece un tanto desaliñada, pero debe de ser por culpa del pelo, rubio oscuro y alborotado. Los tres tenemos un pelo de locos. Al fondo veo su cama deshecha, cubierta de almohadones, y alguien ha comprado una alfombra redonda, de pelo largo, para cubrir el escaso suelo libre. Aún me cuesta imaginar a Alice compartiendo cuarto con una chica cualquiera de Mineápolis. En plan, ¿quién iba a imaginar que mi hermana acabaría viviendo con alguien aficionado a los deportes? Los Minnesota Twins, nada menos.

—Vale, os veo pixelados. Voy a... No, espera, ahora os veo bien. Ay, papá, por Dios, ¿eso es una rosa?

Partiéndose de risa, mi padre sostiene una rosa roja delante de la webcam. No es broma. Mi familia se toma muy a pecho lo relativo a *Solteras*.

—Simon, imita a Chris Harrison.

Para que lo sepáis: hago una imitación de Chris Harrison que es la monda. En todo caso, lo es en circunstancias normales. Pero hoy no estoy en vena.

Estoy preocupadísimo. Y no solo porque Martin haya guardado los emails. También me preocupan los propios correos. Desde que Blue me preguntó por esa historia de las novias, me siento raro. ¿Y si me considera un farsante? Tengo la impresión de que él, cuando comprendió que era gay, dejó de salir con chicas y en paz.

—Así que Michael D. sostiene haber usado la suite fantasía solo para charlar —dice Alice—. ¿Nos lo creemos?

—Ni en broma, nena —replica mi padre.

—Siempre dicen eso —interviene Nora. Ladea la cabeza y reparo por primera vez en los cinco piercings que le ascienden por el borde de la oreja.

—¿Verdad? —asiente Alice—. Eh, canijo, ¿no tienes nada que decir?

—Nora, ¿desde cuándo llevas eso? —me toco mi propio lóbulo.

Ella se sonroja o poco menos.

—¿Desde el fin de semana pasado?

—Déjame verlo —pide Alice. Nora vuelve la oreja hacia la webcam—. Hala.

—Quiero decir, ¿por qué? —pregunto.

—Porque sí.

—Pero, o sea, ¿por qué tantos?

—¿Podemos seguir hablando de la suite fantasía? —me corta. A Nora le pone nerviosa ser el centro de atención.

—A ver, es la suite fantasía —intervengo—. Pues claro que lo hicieron. Estoy seguro de que la fantasía no incluye conversar.

—Pero no necesariamente implica el acto sexual.

—MAMÁ. Por Dios.

Supongo que me resultaba más fácil tener relaciones que no comportasen esas pequeñas humillaciones que a veces te toca soportar cuando te sientes atraído por alguien. O sea,

me llevo bien con las chicas. No me importa besarlas. Salir con ellas me resultaba llevadero.

—¿Y qué me decís de Daniel F.? —pregunta Nora al tiempo que se recoge un mechón de cabello detrás de la oreja. Jo, menuda masacre. No la entiendo.

—Vale, Daniel F. es el tío bueno —dice Alice. Mi madre y Alice siempre utilizan la expresión «un regalo para la vista» cuando se refieren a esa clase de chicos.

—¿Lo decís en serio? —se escandaliza mi padre—. ¿El gay?

—Daniel no es gay —protesta Nora.

—Nena, es el hombre orquesta del orgullo gay. Es una llama eterna.

Todo mi cuerpo se crispa. Leah dijo una vez que prefería que la gente la llamara gorda a la cara a tener que seguir sentada mientras unas chicas sueltan paridas sobre el peso de las demás. Me parece que estoy de acuerdo, la verdad. No hay nada peor que la humillación secreta de sentirte insultado por proximidad.

—Papá, vale ya —lo regaña Alice.

Y a mi padre no se le ocurre otra cosa que ponerse a cantar «Eternal flame» de The Bangles.

Nunca sé si mi padre dice esas cosas porque las piensa de veras o solo para hacer rabiar a Alice. O sea, si de verdad opina eso, casi prefiero saberlo. Aunque ya no haya modo de ignorarlo.

En fin, la mesa del comedor también resulta ser problemática. No ha pasado ni una semana desde que mantuvimos la conversación relativa al chantaje, pero Martin me llama cuando me encamino a mi sitio con la bandeja en las manos.

—¿Qué quieres, Martin?

Echa un vistazo a mi mesa.

—¿Hay sitio para uno más?

—Pues... —agacho la cabeza—. La verdad es que no.

Otra vez el mismo silencio casi imperceptible.

—Ya somos ocho.

—No sabía que los asientos estuvieran reservados.

¿Qué quiere que le diga? La gente ocupa siempre el mismo sitio. Yo habría jurado que era una ley universal.

Uno no se cambia de mesa a mediados de octubre.

Y mi grupo es tirando a raro, pero funciona. Nick, Leah y yo. Las dos amigas de Leah, Morgan y Anna, que leen manga, usan perfilador de ojos negro y son más o menos intercambiables. Anna y yo estuvimos saliendo en primero, y sigo pensando que son intercambiables.

Y luego están los dos futbolistas, amigos de Nick, que nos han tocado en suerte: Bram alias «silencios incómodos» y el semigilipollas de Garrett. Y Abby. Llegó de Washington a principios de curso y supongo que nos atrajimos mutuamente. Lo nuestro fue en parte obra del destino y en parte del criterio alfabético en los trabajos por parejas.

El caso es que sumamos ocho. Y el cupo está lleno. Ya nos hemos apretujado para incluir dos sillas más en una mesa de seis.

—Ya, bueno. —Martin inclina la silla hacia atrás y mira al techo—. Pensaba que nos habíamos entendido en relación a Abby, pero...

Y enarca las cejas. En serio.

Así pues, no hemos llegado a especificar los términos del chantaje, pero la cosa funciona más o menos así: Martin pide lo que le viene en gana. Y se supone que yo debo complacerlo.

Es la hostia.

—Mira, quiero ayudarte.

—Lo que tú digas, Spier.

—Escucha —bajo la voz. Ahora hablo casi en susurros—. Hablaré con ella y todo ese rollo. ¿Vale? Pero deja que lo haga a mi manera.

Se encoge de hombros.

Noto su mirada asesina de camino a mi mesa.

Tengo que comportarme con naturalidad. No puedo comentar nada de esto, ni por asomo. O sea, ahora tengo que hablarle a Abby de Martin, supongo. Pero le diré todo lo contrario de lo que me gustaría decirle.

Me va a costar horrores conseguir que Abby se fije en ese tío. Porque yo no lo soporto.

Aunque eso ahora sea lo de menos.

Pero los días van pasando y yo sigo sin hacer nada al respecto. No he hablado con Abby ni he invitado a Martin a acompañarnos a ninguna parte, ni los he encerrado juntos en un aula vacía. Ni siquiera sé lo que quiere, la verdad.

Casi albergo la esperanza de poder evitarlo durante tanto tiempo como sea humanamente posible. Supongo que me dejo ver poco últimamente. O me pego como una lapa a Nick y a Leah, para que Martin no intente hablar conmigo. El martes aparco el coche en el aparcamiento del instituto y Nora se baja... pero cuando se da cuenta de que no la sigo, se asoma otra vez.

—Esto, ¿vienes?

—Sí, ya iré —digo.

—Vale —guarda silencio—. ¿Va todo bien?

—¿Cómo? Sí.

Me mira.

—Nora. Todo va bien.

—Vale —repite antes de apartarse. Cierra la puerta con un golpe suave y se encamina a la entrada del centro. No sé. A veces tengo la sensación de que Nora posee una extraña intuición, pero hablar con ella me resulta un tanto incómodo. No reparé en ello hasta que Alice se marchó a la universidad.

Me dedico a enredar con el móvil, a actualizar mi correo y a mirar vídeos musicales en YouTube. Pero alguien llama a la ventanilla del copiloto y estoy a punto de pegar un bote. Últimamente me aterra empezar a ver a Martin por todas partes. Pero solo es Nick. Le indico por gestos que entre.

Se sienta a mi lado.

—¿Qué haces?

Evitar a Martin.

—Mirar vídeos —le digo.

—Ay, tío. Genial. No me puedo sacar un tema de la cabeza.

—Si es de los Who —le informo— o de Def Skynyrd o algo así, olvídale.

—Voy a fingir que no acabas de decir «Def Skynyrd».

Me encanta hacer rabiar a Nick.

Acabamos viendo parte de un episodio de *Hora de aventuras* de mutuo acuerdo y es justo la distracción que necesito. No pierdo de vista el reloj, porque no quiero perderme la clase de lengua y literatura. Solo pretendo reducir el margen de tiempo antes de que empiece la sesión, para asegurarme de que Martin no se acerque a hablar conmigo.

Y es raro. Sé que Nick ha notado que me pasa algo, pero no me hace preguntas ni intenta sonsacarme. Nosotros dos somos así. Conozco su voz, sus expresiones y sus pequeñas manías. Los monólogos existenciales que suelta sin venir a cuento. Su manía de tamborilear con los dedos en el pulgar

cuando está nervioso. Y supongo que él me conoce del mismo modo. O sea, somos amigos desde los cuatro años. Pero, en realidad, la mayor parte del tiempo no tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza.

Todo eso me recuerda muchísimo a lo que Blue publicó en Tumblr.

Nick me arrebató el teléfono y empieza a desplazarse por los vídeos.

—Si encontramos uno con imaginería cristiana, tendremos una excusa para saltarnos la clase de inglés.

—Hum, si encontramos imaginería cristiana, escogeré *Hora de Aventuras* para la redacción de tema libre.

Me mira y se echa a reír.

A pesar de todo, no me siento solo en compañía de Nick. Con él todo es fácil y ya está. Así que puede que estemos bien tal cual.

Llego temprano al ensayo del jueves, así que me escabullo por una puerta trasera del auditorio y me encamino a la zona de detrás del edificio. Hace mucho frío teniendo en cuenta que estamos en Georgia y, por lo que parece, han caído cuatro gotas después de comer. Aunque aquí solo tenemos dos climas, en realidad: el de la sudadera con capucha y el de la sudadera con capucha por si acaso.

Debo de haber olvidado los auriculares en la mochila, dentro del auditorio. Me revienta escuchar música por el altavoz del móvil, pero algo de música siempre es mejor que nada. Me apoyo contra la pared de detrás de la cafetería mientras busco en mi biblioteca un EP de Leda. Aún no lo he escuchado, pero Leah y Anna están obsesionadas con él, así que promete.

De sopetón, ya no estoy solo.

—Vale, Spier. ¿De qué vas? —me pregunta Martin al tiempo que se recuesta contra la pared, a mi lado.

—¿De qué voy?

—Me parece que me estás evitando.

Ambos llevamos zapatillas Converse, y no acabo de decidir si mis pies parecen pequeños o los suyos enormes. Martin debe de pasarme unos quince centímetros. Nuestras sombras se han pegado de un modo absurdo.

—Ya, pues no es verdad —le suelto. Me aparto de la pared y echo a andar hacia el auditorio. O sea, no quiero que la señorita Albright se enfade conmigo por llegar tarde.

Martin me alcanza.

—En serio —dice—. No le voy a enseñar los emails a nadie, ¿vale? No te pongas paranoico.

Pero me parece que voy a coger eso con un millón de pinzas. Porque estoy segurísimo de que no le he oído decir que vaya a borrarlos.

Me mira, y soy incapaz de interpretar su expresión. Qué raro. Llevo años en la misma clase que este chico, riéndome con los demás de las chorradas que suelta. He coincidido con él en montones de funciones. Incluso nos sentamos juntos en el coro durante un año entero. Pero la verdad es que apenas lo conozco. Supongo que no lo conozco en absoluto.

Jamás en mi vida había subestimado a alguien de un modo tan flagrante.

—Ya te he dicho que hablaré con ella —le espeto por fin—. ¿Vale?

Estoy a punto de abrir la puerta del auditorio.

—Espera —dice. Lo miro, y lleva el móvil en la mano—. ¿Por qué no intercambiamos los números? Así sería más fácil.

—¿Tengo elección?

—Pues... —se encoge de hombros.

—Por Dios, Martin.

Le arranco el teléfono y prácticamente me tiemblan las manos de furia cuando introduzco mi número en sus contactos.

—¡Genial! Ahora yo te llamaré para que tengas el mío.

—Como quieras.

Puto Martin Addison. Tengo muy claro que su nombre en mis contactos será «capullo integral».

Empujo la puerta, y la señorita Albright nos lleva en manada al escenario.

—Muy bien. Necesito a Fagin, a Truhán, a Oliver y a los chicos. Primer acto, escena seis. Vamos allá.

—¡Simon! —Abby me echa los brazos al cuello y luego me pellizca los carrillos—. Nunca vuelvas a dejarme.

—¿Qué me he perdido? —me obligo a esbozar una especie de sonrisa.

—Nada —contesta por lo bajo—, pero esto es el infierno versión Taylor.

—El más rubio de todos los círculos del infierno.

Taylor Metternich. La perfección hecha pesadilla. O sea, si la perfección tuviera un lado oscuro. No sé si me explico. Siempre la imagino sentada delante del espejo por las noches, contando las veces que se cepilla la melena. Y es de esas personas que escriben en tu cuenta de Facebook para preguntarte cómo te ha ido el examen de historia. No lo hace por ser amable. Quiere saber qué nota has sacado.

—Vale, chicos —dice la señorita Albright. Tiene gracia, porque Martin, Cal Price y yo somos los únicos varones de toda la concurrencia—. Tened paciencia, porque hoy vamos a empezar con la planificación.

Se aparta las greñas de los ojos y se las recoge detrás de las orejas. La señorita Albright es muy joven para ser una profesora, y pelirroja. O sea, tiene el pelo de un rojo rabioso.

—La escena seis del primer acto es la del carterista, ¿no?
—pregunta Taylor, porque también es la típica que finge preguntar algo solo para demostrar que conoce la respuesta.

—Sí —responde la señorita Albright—. Encárgate tú, Cal.

Cal es el director de escena. Estudia primero de bachillerato igual que yo y lleva una copia del guión escrita a doble espacio en una carpeta gigante atestada de notas escritas a lápiz. Llama la atención que su trabajo consista básicamente en darnos órdenes y estresarse, porque es la persona menos autoritaria que he conocido en mi vida. Habla siempre en tono afable con auténtico acento sureño, algo que casi nunca se oye en Atlanta, la verdad.

Tiene el pelo castaño y lleva el flequillo muy largo, tal como a mí me gusta. Sus ojos son de color azul marino, oscuros. No he oído decir que sea gay, pero puede que proyecte esa onda que percibo a veces.

—Muy bien —empieza la señorita Albright—. Truhán acaba de hacerse amigo de Oliver y lo lleva a su escondrijo por primera vez para que conozca a Fagin y a los chicos. ¿Qué vais a hacer?

—Enseñarle quién manda —dice Emily Goff.

—¿O hacerlo rabiar un poco? —propone Mila Odom.

—Exacto. Es el nuevo y no se lo vais a poner fácil. Es un pardillo. Queréis intimidarlo y robarle sus porquerías.

Esa frase arranca carcajadas a un par de alumnos. La señorita Albright es relativamente enrollada para ser una profe.

Cal y ella nos colocan en nuestras posiciones; la señorita Albright lo llama «componer el cuadro». Me piden que me tumbe boca abajo en una tarima, apoyado sobre los codos, al mismo tiempo que lanzo al aire una bolsa de monedas y la vuelvo a atrapar. Cuando Truhán y Oliver entran, todos tenemos que levantarnos de un salto y arrebatarse la mochila a Oliver. A mí se me ocurre metérmela debajo de la camisa y

pasear por el escenario con una mano en los riñones como si estuviera embarazado.

A la señorita Albright le encanta la idea.

Mis compañeros se ríen y, lo juro por Dios, este momento es lo más de lo más. Todas las luces están apagadas excepto las del escenario, nos brillan las miradas y estamos borrachos de risa. Incluida Taylor.

Incluido Martin. Me sonrío cuando se percata de que lo miro, y yo le devuelvo la sonrisa de corazón. Es un mamón del carajo, en serio, pero también es larguirucho y nervioso y absurdo. Eso le quita fuelle al odio que inspira.

Así pues, sí. No voy a escribir un poema en su honor. Y no sé qué espera que le diga a Abby. Ni idea. Pero supongo que... ya pensaré algo.

El ensayo concluye, pero Abby y yo nos sentamos con las piernas colgando en uno de los estrados y miramos cómo la señorita Albright y Cal toman notas en la enorme carpeta. Tenemos quince minutos de margen antes de que salga el autobús a la zona sur del condado, y a Abby todavía le quedará una hora de camino hasta llegar a casa. Ella y casi todos los chicos negros del instituto pasan más tiempo yendo y viniendo a diario que yo en una semana. En Atlanta, la segregación racial alcanza extremos grotescos y nadie lo menciona nunca.

Abby bosteza y se tumba en la tarima con la cabeza apoyada en un brazo. Lleva mallas y un vestidito corto, la muñeca izquierda atiborrada de pulseras de la amistad.

Al otro extremo del escenario, a pocos metros, Martin cierra la mochila tan despacio que sin duda lo hace aposta. Se guarda de mirar en nuestra dirección.

Abby tiene los ojos cerrados. Posee esa clase de boca que nunca deja de sonreír del todo y huele como a tostadas. Si yo fuera hetero. El hechizo de Abby. Creo que lo pillo.

—Eh, Martin —digo, y mi voz suena rara. Me mira—. ¿Mañana irás a casa de Garrett?

—Esto... —dice—. ¿A una fiesta?

—La fiesta de Halloween. Deberías venir. Te enviaré la dirección.

Solo cuatro palabras al Capullo Integral.

—Sí, puede —contesta. Se inclina hacia delante, se levanta y al instante tropieza con el cordón del zapato. Luego finge que estaba haciendo un bailecito. Abby se ríe, él sonrío y, no os engaño: Martin le hace una reverencia. O sea, ¿cómo reaccionas ante algo así? Supongo que me encuentro en esa tierra de nadie que se extiende entre reírte de alguien y reírte con alguien.

Os aseguro que ese territorio incierto se llama Martin.

Abby se vuelve a mirarme.

—No sabía que fueras amigo de Martin —me dice.

Es la puta frase más graciosa del mundo.